

19.38

y le place mirar, sobre la piel
seca y rugosa de la gran llanura,
cómo tantea el ciego
las piedras del camino,
mientras murmura versos que, en sosiego,
fluyen como un arroyo campesino.
Recitan a Camoens y a Boscán,
Rosalía de Castro y el Petrarca.
Y es todo poesía en cuanto abarca
la llana extensa que cruzando van.

Luégo, el café en la rúa. La ruidosa
reunión provinciana.
Las pequeñas envidias... Y la rosa
de la pálida luna castellana
bañando la inmutable
ciudad maravillosa,
mientras que Don Miguel, imperturbable,
distráido al hablar, piensa otra cosa.

Así pasan los días, lentamente,
hasta que la alta noche los recibe;
y entonces es cuando, del mundo ausente,
la pluma en ristre y la cuartilla enfrente,
Don Miguel de Unamuno, escribe, escribe...